

tales del origen de los pueblos, del parentesco de sus lenguas, y de la invariabilidad de una direccion primordial, tanto del alma como del espíritu.

Si nos atenemos á las variaciones de color y de figura, y nos dejamos arrastrar por las primeras impresiones, seremos conducidos á considerar las razas, no como simples variedades, sino como orígenes humanos enteramente distintos. La permanencia de ciertos tipos, á pesar de las influencias mas contrarias en las causas exteriores, sobre todo el clima, parece que á primera vista favorece este modo de pensar. Pero, en nuestra opinion, razones mas poderosas militan en favor de la unidad de la especie humana, á saber: las numerosas gradaciones del color de la piel y de la estructura del cráneo, que los progresos rápidos de la geografia nos han dado á conocer en los tiempos modernos; la analogía que guardan, en la alteracion, otras clases de animales, tanto salvajes como domésticos; las observaciones positivas que se han recogido acerca de los límites prescritos á la fecundidad de los mestizos. Ante el trabajo profundo de Tiedemann sobre el cerebro de los negros y europeos, ante las investigaciones anatómicas de Urolik y de Weber sobre la configuracion de la pelvis, se han desvanecido muchas dificultades que se oponian á la idea de la unidad en la especie humana. Si se abrazan en su generalidad las naciones africanas de color pronunciado, acerca de las cuales ha emitido tantas luces la obra capital de Prichard; si se las compara con las tribus del Archipiélago meridional de la India y de las islas de la Australia occidental, con los papus y alfurus, se percibirá claramente que rara vez se encuentran asociados el color negro de la piel, los cabellos crespos y los caracteres de la fisonomia negra. Mientras que los pueblos del Occidente solo conocian una pequeña porcion de la tierra, dominaron miras puramente esclusivas. El calor abrasador de los trópicos y el color negro de la tez parecian inseparables. «Los etiopes, cantaba el antiguo poeta trágico, Thiodectes de Phalesis, deben al Dios del sol, que se aproxima á ellos en su carrera el brillo lóbrego del hollín que dá color á su cuerpo.» Fueron necesarias las conquistas de Alejandro, que descubrieron tantas ideas de geografia fisica, para empeñar el debate relativo á esta influencia problemática de los climas sobre las razas de los hombres. «Las familias de los animales y de las plantas, dice uno de los anatómicos mas célebres de nuestra edad, Juan Muller, en su fisiologia del Hombre» se modifican durante su propagacion sobre la faz de la tierra, entre los límites que determinan las especies y los géneros. Ellas se perpetuan orgánicamente como tipos de la variacion de especies. Del concurso de diferentes causas, de diferentes condiciones, tanto interiores como exteriores, que no se sabrán señalar detalladamente, han nacido las razas presentes de los animales; y sus variedades mas notables se encuentran entre aquellas que han recibido como patrimonio la facultad de estension mas considerable sobre la tierra. Las razas humanas son las formas de una especie ósica que se enlazan, permaneciendo fecundas y perpetuándose por la generacion. No son especies de su género, porque si así fueran, llegarían á quedar estériles por el cruzamiento. Lo que no se podria descubrir por la esperiencia es si las razas de los hombres existentes descienden de uno ó de varios hombres primitivos. Las investigaciones geográficas sobre el sitio primordial ó, como se dice, sobre la cuna de la especie humana tienen un carácter puramente fabuloso. «No lo conocemos, dice Guillermo de Humboldt en su trabajo sobre la diversidad de lenguas y de los pueblos no conocemos, ni por la historia, ni por la tradicion cierta un momento en que la especie humana no se haya encontrado separada en grupos de pueblos. Lo que no se sabria decidir por la historia es si este estado de cosas ha existido

desde el origen ó si se ha producido en tiempos posteriores.

Encuéntranse leyendas aisladas en puntos muy diversos del globo, sin comunicacion aparente, que se hallan en contradiccion con la primera hipótesis y hacen derivar el género humano, todo él, de un tronco único. Esta tradicion se halla tan estendida que se ha mirado algunas veces como un recuerdo antiguo de los hombres. Pero esta misma circunstancia probaria mas bien que no existe en esto ninguna transmision real de un hecho, ningun fundamento verdaderamente histórico, y que tan solo es la identidad de la concepcion humana, que ha conducido siempre á los hombres á una explicacion semejante de un fenómeno idéntico. Un gran número de fábulas, sin relacion histórica las unas con las otras, deben tambien su semejanza y su origen á la igualdad de imaginaciones ó de reflexiones del espíritu humano. Lo que demuestra mas, en la tradicion de que se trata, el carácter manifiesto de la ficcion es que pretende explicar un fenómeno que se halla fuera de todo esperiencia, el del primer origen de la especie humana, de una manera conforme á la esperiencia de nuestros dias; la manera, por ejemplo, como ha podido ser poblada una isla desierta en una época en que el género humano contaba ya millares de años de existencia. En vano se obstinará el pensamiento en la meditacion, del problema de este primer origen; el Hombre se halla ligado tan íntimamente á su especie y al tiempo, que no se sabria concebir un ser humano llegado al mundo sin una familia ya existente y sin un pasado.

No pudiendo resolverse esta cuestion, ni por la via del razonamiento, ni por la de la esperiencia, será necesario pensar que el estado primitivo, tal como nos lo describe una pretendida tradicion, es realmente histórico, ó bien que la especie humana cubrió la tierra en forma de pueblo. Esto es lo que no sabria decidir la ciencia de las lenguas por sí misma, además de que no se debe de modo alguno buscar una solucion en otra parte para aclarar los problemas que le pertenecen.

La humanidad se distribuye en simples variedades, que se designan por medio de la palabra algo indeterminada, *razas*. Lo mismo que en el reino vegetal, en la historia natural de las aves y de los peces, es mas seguro agrupar los individuos en un gran número de familias, y reunirlos en un pequeño número de secciones abrazando masas considerables; de la misma manera en la determinacion de las razas nos parece preferible establecer pequeñas familias de pueblos. Que se siga la clasificacion de Blumenbach en cinco razas, (caucasica, mogólica, americana, etiópica y malaya) ó bien que con Prichard se admitan siete razas, (iranía, turania, americana, hotentota y bouschman, negra, papu y alfuru) no es menos cierto que ninguna diferencia radical y típica, ningun principio de division natural y rigurosa rige tales grupos.

Se separa lo que parece formar los extremos, sin cuidarse de las familias de los pueblos que no pueden incluirse en estas grandes clases, y que se han llamado, ya razas escípticas, ya razas alofílicas. Ciertamente la denominacion de iranía es mejor elegida para los pueblos de Europa que la de caucásica; y por lo tanto es menester confesar que los nombres geográficos, tomados como distintivos de razas, son sumamente indeterminados, sobre todo cuando el país que debe dar su nombre á tal ó cual raza se encuentra como el Turan ó Mawerannabs, por ejemplo, habitado en diferentes épocas por pueblos los mas diversos de origen indogermánico y finlandes, pero no mogólico.

Las lenguas, creaciones intelectuales de la humanidad, que tan íntimamente se hallan ligadas á los primeros desarrollos del espíritu, tienen por este ca-